

tepec y la garita de Belen, y que varias piezas de artillería quitadas de otros puntos, por la escasez que de éstas teníamos, reforzaran á la Candelaria. Aquellos partes se robustecieron con el que me dió de viva voz á las cuatro de la mañana en mi habitación el general D. Antonio Vizcayno, á quien habia mandado que observara al enemigo, como me espuso: *que no cabia duda hallarse aquel á la vista de la Candelaria, pues se advertia bien su campamento, y las luces que toda la noche habian estado en movimiento.* ordené en el acto que la brigada del general Rangel, que debia amanecer en Chapultepec para ocupar la posición del dia anterior, marchase á la Candelaria; que el primer regimiento ligero siguiera su movimiento, y yo tambien me puse en camino con mi estado mayor. Al llegar á dicho punto, su comandante, el general D. Mariano Martinez me participó: *que segun los reconocimientos que sus descubiertas acababan de hacer, el campo estaba libre de enemigos.* disgustado por este chasco, vino á llamar mi atención la luz de unos cañonazos que advertí por Chapultepec, y no cabiéndome duda que por allí era el ataque, como yo lo habia presumido, destaqué uno de mis ayudantes para que hiciera contramarchar á paso veloz la brigada del general Rangel y el primero ligero, e incorporándome á esta fuerza, formé la columna de que he hecho mencion, y con que llegué al punto del combate.

Próximo á Chapultepec, encontré en retirada algunos armo- nes de la seis piezas, cuyos carreteros me dieron la noticia de haberse perdido los cañones. Abrevié el paso, y tuve el sentimiento de encontrar tambien al general Leon y al coronel Balderas, que conducian heridos: mas adelante observé la dispersion de las tropas que debieron haber dado un dia de gloria á la patria, tan solo con haber conservado las posiciones donde las habia dejado colocadas. Me ocupé de reunir las, como lo conseguí en el resto del dia. Uno de mis ayudantes, que destiné á indagar el paradero de la caballería, me participó que ésta se hallaba por los Morales retirándose en orden. Incontinentemente reforcé las fortificaciones establecidas en los dos caminos que van para Tacubaya y á la Casa-Mata, y que formaban los flancos de derecha é izquierda de Chapultepec, é intenté recobrar los puntos del Molino del Rey y de la Casa-Mata, y aunque

fueron inútiles mis primeros esfuerzos, conseguí como á las tres de la tarde que el enemigo se replegara á Tacubaya, quedando el campo por nuestras tropas. A esta operacion contribuyeron mucho los fuegos certeros de la artillería de Chapultepec.

En el resto de la tarde, los cuerpos dispersos acabaron de reunirse, y por el mal estado en que los observé, desistí de que permanecieran en los puntos que ántes de la accion ocupaban, y los mandé á pernoctar á sus cuarteles, dejando en Chapultepec los restos de la brigada del general Leon, que quedó mandando su segundo el general graduado D. Juan Pérez de Castro, cuyo número se habia reducido á ménos de 400 hombres, por los muertos, heridos y dispersos que tuvo.

El enemigo que tanto sufrió en la jornada del 8, se mantuvo sin movimiento el 9, y este dia lo empleé en reorganizar mis fuerzas y en adelantar mis fortificaciones. El dia 10 comenzó aquel á hacer movimientos que amenazaban los puntos del Niño Perdido y Candelaria, y las noticias que mis espías y correspondientes me comunicaban, estaban acordes en que su objeto era atacar aquella línea por creerla mas accesible. Reforcé sus guarniciones, mejoré sus fortificaciones y establecí fuertes reservas en las calzadas de San Antonio Abad y de la Viga. No descuidé por está á Chapultepec, pues mandé al teniente coronel de ingenieros, D. Juan Cano, para que atendiera á sus fortificaciones, mejorándolas ó aumentándolas en cuanto fuera posible, y en observacion mantuve en la Ciudadela una brigada.

El 11, los movimientos del enemigo, ratificaban su intencion de atacar los puntos del Niño Perdido y la Candelaria, porque se presentaron á la vista respetables columnas, y se observaban trabajos de fortificacion en la ermita situada en la calzada del Niño Perdido, de manera que fué necesario estar batiéndolo con la artillería del segundo punto, á cuyo fuego contestaban las piezas que aquel habia ya colocado. Por el reconocimiento que en la tarde practicó el regimiento de húsares, me cercioré que el enemigo conservaba en las inmediaciones gran parte de sus fuerzas.

El dia 12, á las seis de la mañana, se sintieron los fuegos del enemigo sobre la Candelaria y el Niño Perdido, con mas continuacion sobre el primero, lo mismo que en Chapultepec. Una

hora despues tuve noticia por mis espías, que en Tacubaya se concentraban las fuerzas enemigas. En el instante volví á fijar toda mi atencion sobre Chapultepec, y me trasladé á este punto para proveer á su mejor defensa. Observé á mi llegada, que el enemigo habia establecido en Tacubaya y en la hacienda de la Condesa, grandes baterías con que sostenia un vivo fuego sobre nuestros puntos, y que habia ocupado el Molino del Rey, y ya no dudé de sus verdaderas intenciones.

Mis providencias comenzaron por reforzar los atrinchera- mientos de los flancos de la fortaleza, y quedaron bien artilla- dos y suficientemente guarnecidos. Considerando conveniente asegurar con algunas obras y una pieza de artillería la puerta principal del bosque por la parte interior, encargué de ellas á los tenientes coroneles de ingenieros D. Manuel y D. Luis Robles, quienes las concluyeron en el resto del día, así como algunas otras que por la parte exterior juzgué necesarias. Todas las fuer- zas disponibles las hice situar á la inmediacion de Chapultepec, donde permanecieron, no obstante el fuego incesante que llovía sobre ellas y de los muertos y heridos que espermentaban á cada momento, en cuyo recinto me mantuve á caballo dispo- niendo todo lo conveniente, por lo que mi vida estuvo en peli- gro muchas ocasiones, como lo vieron cuantos me rodeaban. En una vez que traté de situar en la falda del cerro de Chapul- tepec la brigada del general Ramirez, una bomba puso en tier- ra delante de mí, entre muertos y heridos á treinta hombres de ella, y la sangre de un soldado salpicó mis vestidos; suceso que me convenció de no ser posible mantenerla en aquel lugar sin que toda pereciera, y la hice retirar á donde tuviese algun abrigo.

Las obras de la puerta del Rastrillo por la parte interior del bosque, quedaron guarnecidas con 500 hombres y una pieza de á 8 bien dotada.

A las oraciones concurrió el Escmo. Sr. general Bravo á la cita que le hice, y le manifesté los trabajos abajo aumentados, la pieza y fuerzas que los cubrian, la seguridad en que queda- ban los dos caminos exteriores de los flancos, y la fuerte reser- va que en la casa Colorada de Alfaro subsistiría en la noche, teniendo órdenes todas las tropas disponibles para estar á las

cuatro de la mañana en aquel sitio; y últimamente, que yo mis- mo estaria tambien. El Sr. Bravo me espuso entónces por pri- mera vez *que la guarnicion que tenia en el fuerte de arriba, estaba espantada con el horroroso fuego que habia sufrido todo el dia, y que celebraria se le relevase con otra clase de tropa.* Le contesté; *que el mal de espanto habia cundido á la que es- taba abajo, y que siendo toda de una misma calidad, escusado era el cambio que me proponia; pero que al amanecer, si el ene- migo atacaba, yo lo reforzaria con oportunidad.* Me reprodu- jo *que al ménos le pusiera en el bosque un batallon, y para hacerle ver lo inútil de su solicitud, le relaté muy breve lo que habia acontecido en la tarde con la brigada del general Rami- rez, y le añadí, que si arriba aglomeráramos mas fuerzas du- rante el bombardeo, sacrificaríamos inútilmente las pocas que ya nos quedaban, pues con mas de mil hombres que á tan pequeño recinto guarnecian, estaban bien cubiertas todas sus obras.* Ninguna otra razon me dió en esta entrevista.

El 13, al amanecer, concurrieron todas las tropas disponibles abajo de Chapultepec, y yo asimismo estuve presente. El ene- migo continuó sus fuegos de mortero y de cañon, y entre siete y ocho de la mañana comenzó á mover sus columnas de ata- que. Media hora ántes llegó á mis manos un oficio del Sr. ge- neral Bravo, contraído á decir al ministro de la guerra (que se hallaba siempre á mi lado) *que la guarnicion de arriba seguía acobardada, y que en la noche se habia notado alguna deser- cion, y pedia que se le relevara con otra clase de tropa.* En vista de esta nota, dispuse que el batallon de San Blas, con fuer- za de 400 hombres, y á quien yo distinguia por el brio que ad- vertia en tan buenos soldados, marchara á reforzar el fuerte de arriba, y á su comandante, el bravo Xicoténcal, le previne que se presentara al Sr. general Bravo y recibiera sus órdenes. Al romper la marcha este cuerpo, el toque de corneta anunció que el enemigo avanzaba sobre nuestros puntos, y entónces mandé al mismo gefe que á paso veloz subiera al fuerte. En estos mo- mentos encontrábame yo en la puerta del bosque. En efecto, llegó á tiempo, segun observé, y en los primeros atrinchera- mientos del cerro se batió desesperadamente hasta concluir casi to-

do, resistiendo el empuje de los enemigos procedentes del Molino del Rey.

Haciéndose general el ataque, yo proveía con mi reserva á las necesidades que se notaban. Esta reserva me quedó reducida á los batallones 3.º ligero con 400 plazas, 4.º idem con 300, 11.º de línea con 600, activo de Morelia con 300 y el de Hidalgo, de Guardia Nacional, con 350, formando todos un total de 1950 hombres, que fueron empleados del modo siguiente: Al 3.º ligero le mandé que reforzara al batallón de San Blas, y en marcha, tuvo que retroceder, porque en estos momentos el enemigo se apoderó del fuerte de Chapultepec: al 4.º ligero, al 11.º de línea y al activo de Morelia, que se mantuvieran en reserva á las órdenes del general Lombardini, para auxiliar á los puntos de abajo, que eran atacados por fuertes columnas vigorosamente; y al de Guardia Nacional de Hidalgo lo coloqué en el flanco izquierdo de la fortificación, que defendía el camino de la Condesa, donde se batió bien.

No obstante las pocas fuerzas que defendían las posiciones de abajo, el arrojó con que el enemigo las atacaba, su mayor número, el fué bizarramente rechazado, y no avanzaba un paso, cuando comencé á advertir, que el fuerte de arriba no hacía el fuego que era de esperar de su guarnición, y poco despues vi con sorpresa que en grandes pelotones descendían huyendo, y abandonaban cobardemente sus parapetos, que solo de esta manera pudiera el enemigo haber ocupado fácilmente. Tan infame conducta me puso en el mayor conflicto, pues ocupadas las alturas de Chapultepec por el enemigo, las fuerzas de abajo quedaban enteramente espuestas á ser asesinadas con impunidad; y para evitarlo, no quedó otro recurso, que emprender la retirada para las garitas de Belen y Santo Tomas. Así lo ordené en medio de la mayor desesperacion.

El general D. Matías de la Peña y Barragan, que mandaba el punto de mi derecha, se dirigió por la calzada de la Verónica á la fortificación de Santo Tomas con los batallones de Granaderos de la Guardia y 1.º ligero, llevando orden de sostenerla, protegido de la caballería, que, segun mis órdenes anteriores, debía allí encontrarse. El general Lombardini se dirigió á la garita de Belen en el mejor orden, y á su paso colocó en el para-

peto intermedio al batallón activo de Morelia, que sostuvo valientemente la retirada de los demas cuerpos, que con tanta bizarría defendieron los otros puntos de abajo de Chapultepec.

Algunos de los cobardes que huyeron del fuerte de arriba de Chapultepec, y que me fueron presentados pocas horas despues, se disculpaban con el abandono del punto que decían *hizo antes el general Bravo*; espresiones que reproché delante de muchos á los que las vertían, porque me parecia impropia de S. E. tal conducta. Posteriormente he sabido que fué tomado prisionero en el bosque de abajo, metido en una zanja de agua que lo cubria hasta el pescuezo, adonde por lo blanco de la cabeza fué descubierto de los enemigos. Hecho es éste que prueba el dicho de aquellos, y que merece depurarse en un juicio. Viene en favor de lo espuesto, el no hacer mencion en su parte del valiente batallón de San Blas, que pereció casi todo en las trincheras del cerro, pues si el Sr. Bravo hubiera permanecido en él hasta última hora, debió haberlo visto precisamente; y si lo vió, ¿para qué es ocultar que le fué este refuerzo, y quejarse que no se le auxilió? De todas maneras, la conducta del general Bravo no ha sido honrosa, pues cuando ménos ha faltado á la verdad, sorprendiendo así al público con agravio de la justicia y de mi buen nombre. Además, el gefe de una fortaleza que debe defenderla á toda costa, aparece muerto ó prisionero en ella. Sensible es para mí tener que presentar hechos de un compañero, que de buena gana sepultaria en el silencio, si él mismo no me precisara á hacerlo, dando á luz un parte que mis enemigos han acogido con algazara, y de que han sacado argumentos para apoyar sus diatribas y calumnias. Pido por lo mismo encarecidamente al supremo gobierno, que se instruya el sumario correspondiente sobre los particulares referidos, incorporándose á él este parte.

Volviendo á la narracion de los sucesos en la parte que le toca al general Terres, manifestaré: que habiendo yo llegado á la garita de Belen, dispuse luego su mejor defensa. Las piezas grandes que estaban en la fortificación de la calzada de la Piedad, las hice trasladar á la de Belen en relevo de las chicas que en ésta habia, con lo que quedó bien artillada. El general Terres mandaba dias ántes ámbos puntos, y tenia en ellos

los batallones 1.º y 2.º activos de México y el de Guanajuato: á éstos aumenté el de Inválidos y Lagos, que coloqué en la calzada de la izquierda, cuya defensa encomendé al general graduado D. Diego Argüelles, mi ayudante de campo, y el 2.º ligero con otros piquetes, al mando del general Ramirez, en la calzada de la derecha; y últimamente, se replegó á la garita el activo de Morelia despues de batirse como he mencionado. Los enemigos se acercaron y fueron rechazados. La Ciudadela fué reforzada con algunos cuerpos. Mandé tambien que de las piezas de la Candelaria se llevasen cuatro á Santo Tomas, que sirvieron con mucha oportunidad en la garita de San Cosme.

En esta situacion recibí parte *que los enemigos avanzaban por San Cosme, y que las fuerzas de Santo Tomas venian en retirada.* Me dirigí al general Terres, y al hacerle saber que me pasaba á San Cosme, y que volveria, le recomendé conservar todo en el mismo estado: observando que se menudeaba el fuego de cañon sin necesidad, y sabiendo la escasez que habia de municiones, me aprosimé á los artilleros, y les previne que no dispararan las piezas hasta que el enemigo se aprosimara á buena distancia.

Con los batallones 3.º y 4.º ligeros y 11.º de línea, á las órdenes del general Perez, marché á San Cosme, y en la garita de este nombre encontré al general Rangel, y mas avanzado en un parapeto al general Peña y Barragan, que con una corta fuerza se batia bizarramente con el enemigo: mandé ocupar algunos edificios á vanguardia y retaguardia de la garita, así como la azotea de la misma garita. En estos momentos llegaron las piezas de la Candelaria, y ordené al general Rangel que les diera colocacion, como lo hizo violentamente, manifestándome mi resolucion de defender aquel punto á toda costa.

El general Peña y Barragan pidió refuerzo, y con mi ayudante el coronel Cosío le mandé dos compañías del 11.º batallon. El enemigo habia sido contenido, y me lisongeaba ya de que no pasaria fácilmente, cuando se me dió parte *que el general Terres habia abandonado la garita de Belen, y que por consiguiente, la Ciudadela estaba en peligro de perderse.* Con tan inesperada noticia me trasladé rápidamente para Belen con los tres cuerpos que en reserva tenia, á escepcion de las dos

compañías del 11.º citadas. Mandé órden al general Martinez, para que con toda la guarnicion y artillería de la Candelaria se replegara á la Ciudadela. A ésta llegué cuando el enemigo, apoderado de la garita de Belen, avanzaba una columna por el Paseo nuevo, y otra por la calzada de Belen prócsima á la puerta, de manera que casi nos disputamos la entrada: se les rompió un fuego vivo, y conseguí replegarlas á la garita de Belen, causándoles bastante daño.

Salvada la Ciudadela por la rapidez de mi movimiento, procuré indagar el motivo que habia ocasionado la funesta pérdida de la garita de Belen, y una voz uniforme me impuso *que el general Terres habia ordenado su evacuacion, ejecutada con tanto espacio, que hasta las piezas y municiones se habian salvado.* Al general Argüelles reconvine por el abandono del punto que le confié, y me manifestó, *que no queriendo él retirarse porque no veia una necesidad, se le repitió la orden á nombre del jefe de la línea, y no le quedó mas arbitrio que obedecerla.* Por tantas faltas y tantos acontecimientos desgraciados producidos por la mas punible insubordinacion y cobardía, el despecho y la desesperacion se apoderaron de mí, de tal modo, que al presentármeme el general Terres, ciego de cólera, descargué sobre él dos ó tres golpes, y le mandé arrancar la espada y las divisas que portaba, declarándole indigno servidor de una nacion que le habia prodigado sus consideraciones, y que entre tanto era juzgado con arreglo á Ordenanza, guardase arresto en la Ciudadela. Este arresto fué quebrantado por tan mal militar, segun al principio de esta nota he insinuado, en el hecho de no continuar con el ejército mexicano, que evacuó la Ciudadela la madrugada del dia 14 para trasladarse á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, y haberse quedado sin mi consentimiento en un lugar que ocupó despues el enemigo, teniendo el descaro de presentarse en su célebre parte como prisionero de guerra, sin esplicar cómo apareció de esta manera. El supremo gobierno juzgará de estos hechos, y no dudo de su justificacion, que ordenará lo conveniente para que sean esclarecidos y castigados como escigen las leyes, el honor del ejército y la vindicta pública.

Replegado el enemigo á la garita de Belen como he relatado,

comenzó sus fuegos de cañon sobre la Ciudadela, á que correspondió ésta debidamente. Intenté desalojarlo con el batallon activo de Morelia y otros piquetes, y no fué posible, aunque nuestros soldados en esta vez obraron con extraordinario arrojo. Serian las cinco de la tarde, cuando recibí parte *que la garita de San Cosme necesitaba refuerzo*. Regresé para aquel punto con el tercer batallon ligero y un piquete de Granaderos de la Guardia: al llegar, me impuse por mi ayudante el coronel Cosío, *que el parapeto avanzado habia sido abandonado por las cargas repetidas del enemigo, y que al retirarse con las dos compañías del 11.º batallon, le fueron muertos por nuestra metralla dos soldados, recibiendo el una contusion*. Observé en seguida que la defensa estaba reducida á la sola garita que sostenia con valor el general Rangel. Dispuse que el batallon 3.º ligero quedase de reserva á la espalda de la garita, y mandé ocupar la casa de D. Atilano Sanchez y otras inmediatas para que fuesen apoyadas nuestras fuerzas de la garita. Entre tanto se ejecutaba esta operacion por el batallon 1.º ligero, vi morir á algunos oficiales y soldados de este cuerpo, por los proyectiles del enemigo que menudeaban. Se me dijo allí que por los jardines de la casa nombrada de Pinillo, se introducía el enemigo, y pasé á ella con cien Granaderos de la Guardia, que hice situar en las azoteas despues de cerciorado que no habia nada por los jardines. Acabada esta operacion, ya al concluir la tarde, oí repentinamente un toque de corneta procedente de la garita de San Cosme, que repetido, no me cupo duda que se tocaba retirada: salí precipitado con mi estado mayor para informarme de aquel incidente, cuando los grupos de tropa que venian desbandados, nos atropellaban, de modo que no quedó mas recurso que marchar entre ellos, hasta que por los esfuerzos de mis ayudantes se logró que detuvieran la carrera, y oyeran mi prevencion de *replegarse á la Ciudadela*, adonde los conduje con no poco trabajo, siendo necesario destacar algunas partidas de caballería para hacer volver á muchos oficiales, que con mas ó ménos número de soldados se marchaban por diferentes calles.

Las siete de la noche serian cuando me encontraba en las puertas de la Ciudadela, y hasta no quedar satisfecho de haber

entrado toda la fuerza de San Cosme, no me apeé del caballo, que montaba desde las cuatro de la mañana. Procuré indagar quién habia mandado tocar la retirada, que tanto desórden habia causado, y se me dijo que el general Rangel. Como desde entónces no he vuelto á ver á este general, no he podido cerciorarme mejor de este hecho, que causó por supuesto la pérdida de la citada garita, y el que quedara el paso franco al enemigo para introducirse al centro de la capital.

A las ocho de la noche presidí en la Ciudadela una junta de guerra de generales, que convoqué para oír sus opiniones y tomar con acierto un partido en tan terribles circunstancias. Asistió á esta junta el Esmo. Sr. gobernador del Estado de México, coronel de Guardia Nacional D. Francisco Modesto Olaguibel, que á la sazón se hallaba en ella, pues en la tarde habia llegado con doscientos infantes y cuatro piezas ligeras de artillería, con el fin de auxiliar la capital. En la junta se recapitularon los acontecimientos del día y aun otros anteriores: se deploró la situacion á que nos habia reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no habia que esperar mejor conducta: también se hizo ver en favor de él, que las continuas revueltas, nuestra desorganizacion social y el mal sistema de reemplazarlo, habia influido mucho en aquel mal, á la vez que, por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecia, como puntualmente acontecia en aquel día, que no habian probado alimento; que en cuatro anteriores se les debian los socorros, y no se sabia si para el siguiente tendrian que comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un día mas el combate, las pocas fuerzas que habian quedado, y últimamente, que reducidos al solo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraria sus proyectiles, y no seria posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad, seria comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas escepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se eva-

cuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situara en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó.

Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar tambien á la madrugada en la citada ciudad de Guadalupe Hidalgo, para incorporarse á la division de caballería que allí se hallaba con el Esmo. Sr. general Alvarez.

Reunidas todas las fuerzas en Guadalupe Hidalgo, en medio de la hambre y de la miseria mas espantosa, acordé con el Esmo. Sr. general de division D. José J. de Herrera, que nos dividiéramos las atenciones: S. E., pues, marchó para Querétaro con toda la infantería y artillería; y con la caballería y cuatro piezas ligeras lo hice yo para Puebla. La necesidad y el buen servicio de la nacion ecsigieron esta medida, porque ni era posible subsistir un dia mas sin comer en un lugar en que todo faltaba, ni debia perderse tiempo en salvar los restos de un ejército que aun podia prestar útiles servicios. El general Herrera fué encargado de reorganizar las fuerzas que puse á su mando con tal objeto, y yo no dudé que se verificaria con los recursos de los Estados mas ricos de la República, y me lisonjeaba, que entretanto esto tenia efecto, yo hostilizaria á la guarnicion enemiga de Puebla, cuya rendicion juzgué muy importante.

Cuando acababa de llegar al pueblo de San Cristóbal, se presentaron en mi solicitud algunos ciudadanos de la capital, anunciándome, *que la vista del pabellon americano elevado en el Palacio por nuestros enemigos, habia causado tanta irritacion en los ánimos, que en masa el pueblo se habia levantado contra los invasores, los tenía reducidos al círculo de la plaza, y les habian quitado seis cañones, y me pidieron, por último, que contramarchara, y fuera á tomar parte el ejército con el pueblo.* Tan plausible nueva confieso que me conmovió extraordinariamente, y el mismo efecto advertí en el general Alvarez, que en ese momento se hallaba conmigo, y ámbos unánimemente nos dispusimos á contramarchar sin pérdida de un instante, y casi á escape llegamos con la caballería á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, adonde esperamos un corto rato al batallon del Sur, que marchaba con el Sr. Alvarez, el que

continuó hasta la garita de Peralvillo seguido de algunos cuerpos de caballería. El Sr. Alvarez y yo penetramos hasta las calles de la capital, para cerciorarnos por nuestra propia vista de lo que acontecia en ella, y obrar segun los sucesos, habiendo dejado en la calzada de Guadalupe en observacion el resto de la caballería. Desde San Cristóbal ordené al general Herrera que contramarchara con la infantería y artillería; pero S. E. habia ya llegado á Cuautitlan cuando recibí mi comunicacion, y no fué posible su vuelta.

Cuanto fué mi entusiasmo por las ecsageradas noticias que se me dieron en San Cristóbal, así fué el disgusto que me causó el desengaño; pues no observé mas que algunos tiros de fusil, que á los enemigos disparaban en algunas esquinas varios individuos del pueblo, siendo falso la quitada de piezas, y por consiguiente la sublevacion general de todas las clases que sitiaban en la plaza á los invasores. Sin embargo, en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para ausiliar al pueblo, y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios gruesas partidas de caballería, que como los demas cuerpos de esta arma, se retiraron á pasar la noche á Guadalupe, quedando en Peralvillo la infantería hasta el dia 16 por la mañana.

El dia 15, destaqué á varios cuerpos de caballería para que recorriesen algunas calles de la capital, y protegiesen al pueblo en el movimiento que se me aseguraba *iba á ejecutar ese dia sobre los invasores, si la tropa lo apoyaba.* Marchó tambien el general Alvarez para estar á la mira, y aprovechar la ocasion de hostilizar al enemigo; pero el dia pasó lo mismo que el anterior, y el Sr. Alvarez al retirarse en la noche, me participó *que solamente se habia conseguido que los regimientos de caballería 5.º, 9.º y Guanajuato lancearan á algunos soldados enemigos que encontraron; y en fin, que no observaba sintomas que confirmaran ese levantamiento que se nos aseguraba.*

Como en el citado dia 15 fueron muy temprano varios ciudadanos á representarme á nombre del pueblo de la capital, *que el alcalde primero D. Manuel Reyes Veramendi con el ayuntamiento, tomaba medidas para reprimir su entusiasmo, mostrándome un impreso que lo confirmaba, yo le pasé el ofi-*